

CARLOS CORRAL SALVADOR

## LA CONCEPCION DE LA CASA COMUN EUROPEA, SEGUN JUAN PABLO II

### 1. LA ACOGIDA DE LA METÁFORA

En la mañana del viernes 22 de diciembre de 1989 —el 1 anterior, no se olvide, había recibido a M. Gorbachov, con motivo de la felicitación navideña— acogía en audiencia a los Cardenales, a la Familia Pontificia, a la Curia y a la Prelatura Romana en la Sala Clementina, y les decía:

«¿Puede habitar Dios en la casa del hombre? La pregunta, en sí misma atrevida, encuentra una respuesta afirmativa en la peripecia de la Sagrada Familia: ésta nos dice que sí, Dios puede entrar en las casas humanas y habitar en ellas [...].

El concepto de casa tiene también aplicaciones análogas más amplias. Diversas son las dimensiones en las que habita el hombre. Hoy, por ejemplo, se oye hablar de una “común casa europea”. La expresión tiene una verdad propia, rica de matices sugestivos. De la misma manera que la “casa” está compuesta de muchas “habitaciones”, así también muchas son las dimensiones de la habitación histórica de los hombres en todos los continentes. El hombre, en efecto, habita en aquellas comunidades que, mediante la unidad de cultura, lengua, historia, llegan a formar una nación.

Es necesario, pues, augurar a todas las naciones que habitan en la “casa europea” que puedan tener, cada una, una apropiada “habitación”, en armonía con las “habitaciones” ocupadas por las otras naciones.

En este *humus* los europeos están llamados a construir su casa común. Y como el hogar doméstico es el lugar en el que cada uno se siente “en casa”, acogido, respetado y ayudado por lo que es, así también Europa debe convertirse en una “casa” en la que todos los pueblos se vean reconocidos en la fisonomía que les es propia, sostenidos —donde sea necesario— en su desarrollo, y sobre todo, respetado en sus aspiraciones. Como no hay motivos de miedo en la morada familiar, así tampoco deberíamos tener en Europa alguna especie de amenaza que pueda inducir a uno a temer del otro; más aún, debemos tener la alegría de vivir juntos para repartir las comunes riquezas materiales, culturales y espirituales.»

Por más que hayamos dicho que la metáfora desarrollada «casa común europea» haya sido asumida de Gorbachov, no obstante, su uso incidental se inicia con el comienzo del pontificado polaco. En la Abadía de Montecasino (17-V-1979), al honrar a S. Benito, copatrono de Europa, recordará que «si se debe construir una casa común se debe también construir un fundamento más profundo (el de las raíces, raíces espirituales, raíces cristianas)»<sup>1</sup>.

Uso que se conecta con el evocado por Paulo VI en 1977 (*infra* 2.1 con nota 12).

## 2. LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA COMO MISIÓN DE IGLESIAS Y CRISTIANOS

Y no puede menos de ser así, pues «¿cómo podría la Iglesia desinteresarse de la construcción de Europa —exclamaba Juan Pablo II ante el Parlamento Europeo—, estando implantada desde hace siglos en los pueblos que la integran, y que un día trajo a las fuentes bautismales pueblos para los que la fe cristiana fue y sigue siendo uno de los elementos de su identidad cultural?»<sup>2</sup>.

Y es misión de la Iglesia a sus tres niveles, Pontificio, Episcopal y de Fieles. Paladinamente lo enunciaba Juan Pablo II en Compostela: «Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines que procuran un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones. Por ello, también a nivel diplomático está presente por medio de sus observadores en los diversos or-

<sup>1</sup> GIOVANNI PAOLO II; Europa, n. 8; 24.

<sup>2</sup> Discurso del 11 de octubre de 1988: Ecclesia (1988) 1546-1549.

ganismos comunitarios no políticos; por la misma razón mantiene relaciones diplomáticas, lo más extensas posibles, con los Estados; por el mismo motivo ha participado, en calidad de miembro, en la Conferencia de Helsinki y en la firma de su importante Acta Final, así como en las reuniones de Belgrado y de Madrid» (Juan Pablo II, 9-X-1982)<sup>3</sup>.

### 2.1. *La construcción de Europa, causa permanente del pontificado*

«También Nos estamos por una Europa unida.» Con este programa iniciaba Pablo VI su magisterio europeísta en el primer año de su pontificado (1963), al recibir en audiencia al Consejo del Movimiento Europeo<sup>4</sup>. Un magisterio vivo que, en pro de la construcción de Europa, llevado a su cumbre por Pío XII y continuado por Juan XXIII, es desarrollado de forma ininterrumpida por el Pontífice reinante al ponerse en contacto personal con los representantes de las instituciones europeas y los movimientos europeístas.

La multitud de unos y otros, que sin solución de continuidad acuden al Vaticano, la altura de los personajes visitantes y el interés de todos ellos por ser recibidos por el Papa y a la vez confirmados e iluminados en la construcción de Europa, hacen superflua toda insistencia en la rica valía de las enseñanzas vaticanas ante los estadistas europeos.

Con la tragedia de la II Guerra Mundial es Pío XII quien asume de forma decisiva y constante el impulso hacia la unificación europea. En un primer radiomensaje navideño de 1939, manifestaba su viva ansiedad por el futuro estado económico, social y espiritual de Europa, y no solamente de Europa. «¿Cómo podrá —decía—, cuando la guerra acabe, una economía exhausta y extenuada encontrar los medios necesarios para la reconstrucción económica y social, entre las dificultades que de todas partes se verán aumentadas extraordinariamente y de las cuales las fuerzas y las artes del desorden, que se mantienen ocultas, procurarán aprovecharse con la esperanza de poder asestar el golpe decisivo a la Europa cristiana?»<sup>5</sup>.

Pío XII no vaciló en enviar un representante personal especial al Congreso, como lo hizo saber paladinamente en su alocución consistorial del 2 de junio de 1948: «Para mostrar la solicitud y llevar el aliento de la Santa Sede en pro de la unión de los pueblos»<sup>6</sup>. De paso aprove-

<sup>3</sup> Ecclesia (1982) 1598.

<sup>4</sup> AAS (1963) 296-298.

<sup>5</sup> *Inquesto giorno*: AAS 40 (1948) 8-6, en DP 948.

<sup>6</sup> AAS 40 (1948) 507-510, en DP 952.

chó la oportunidad para invitar a los católicos a participar en la obra de una pacífica unión europea.

Con el pontificado de Juan XXIII, en 1958 se asiste a la consolidación de la Comunidad Europea, de la llamada «Pequeña Europa» o «Europa de los seis», con sus grandes éxitos tanto económicos como sociales. Ya no se sienten los alientos de Roma. El Pontificado insistirá más bien ahora en los debates de solidaridad y colaboración de Europa con los países del Tercer Mundo, aunque ya fueran apuntados de forma expresa por el anterior Pontífice. Así lo hace Juan XXIII de manera general en las grandes Encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris*. Y de manera específica en su mensaje al Presidente de la «49 Semana Social de Francia», celebrada en Estrasburgo bajo el lema «La Europa de las personas y de los pueblos» en julio de 1962, así como en la alocución al Comité ejecutivo internacional de la Jornada Europea de las Escuelas, el 11 de febrero de 1963.

Signo sensible de la intencionalidad unificadora de Europa Occidental lo constituyó la inauguración del Palacio de Europa en Estrasburgo, el 28 de enero de 1977, presidida por el presidente francés. Durante la ceremonia fue leído por el Cardenal Benelli el mensaje de Pablo VI, quien recoge la metáfora de la construcción para aplicarla al quehacer de Europa. «La casa de piedra, que se inaugurará próximamente en Estrasburgo, representa o anticipa el edificio que los hombres y las naciones de Europa se disponen a construir, con su vida misma, para afrontar juntos la etapa histórica que se abre ante ellos.»

Mas donde el mensaje pontificio sobre Europa alcanzó la cumbre de su expresión más cálida fue, sin duda alguna, en el discurso pronunciado por Juan Pablo II en la Catedral de Santiago de Compostela el 9 de noviembre de 1982 en contestación al del Rey, Juan Carlos I, ante los más destacados representantes de instituciones y movimientos europeos. Allí, «Europa entera —decía— se ha encontrado a sí misma alrededor de la “memoria” de Santiago en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. Por ello, el mismo Goethe insinuará que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando»<sup>7</sup>.

Europa entera —nótese—: «aquí llegaban de Francia, Italia, Centroeuropa, los países nórdicos y las naciones eslavas, cristianos de toda condición social, desde los reyes a los más humildes habitantes de las aldeas». Y a ellas emotivamente se diría: «Yo, sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo. Yo,

<sup>7</sup> Ecclesia (1982) 1598s.

Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: ¡Vuelve a encontrarte!»

Este llamamiento lo vuelve a reiterar en 1985 el Papa en la sede de la Comunidad Económica Europea como indicando que a la visión económica y técnica ha de sobreponerse la visión espiritualista y cultural, manifestada en la capital de las rutas jacobeanas<sup>8</sup>.

## 2.2. *La construcción de Europa, tarea de cristianos*

Y lo es en cuanto que «somos todavía los herederos de largos siglos en los que se formó en Europa una civilización inspirada por el cristianismo» (Juan Pablo II, 25-V-1985)<sup>9</sup>. Por ende, «los cristianos desean profundamente que la humanidad consolide todo acuerdo que se base en el respeto al hombre y que construya la paz. Con su búsqueda de la unidad desean ser una señal viviente de una confianza mutua; de una marcha hacia la armonía que esperan compartir fraternalmente»<sup>10</sup>.

Es, pues, misión que atañe a todo cristiano. A los cristianos como ciudadanos de Europa. Entre ellos han de evocarse con Juan Pablo II, a Robert Schumann, Alcide de Gasperi, Konrad Adenauer, Jean Monnet, junto «con tantos otros que es imposible citar; su mérito ha consistido en no resignarse a una fragmentación de Europa que le hubiera impedido construirse, desarrollar un patrimonio cultural y material sorprendentemente rico y volver a encontrar su dinamismo siguiendo las inspiraciones positivas de su historia». Y mirando al pasado, no han de olvidarse los grandes copatronos de Europa: «Benito, que supo aunar la romanidad con el evangelio, en el sentido de la universalidad, y el derecho con el valor de Dios y de la persona humana», y los santos Cirilo y Metodio, «que supieron anticipar algunas conquistas que han sido asumidas plenamente por la Iglesia en el Concilio Vaticano II, sobre la inculturación del mensaje evangélico en las respectivas civilizaciones con toda la plenitud de su valor» (Juan Pablo II, 9-XI-1982).

Ante la magnitud del programa europeísta, «debemos preguntarnos: ¿de dónde vendrá el llamamiento más apremiante a la unidad europea? Vendrá —responde Pío XII— de los hombres que amen sinceramente la paz, de los hombres de orden y de calma, de los hombres que, al menos en su intención y voluntad, no estén desarraigados y encuentren en la vida de familia honrada y feliz el primer objeto de su pensamiento y de su dicha»<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> Ecclesia (1985) 699.

<sup>9</sup> Ecclesia (1985) 699, n. 2.

<sup>10</sup> Ib.

<sup>11</sup> AAS 40 (1948) 507-510, en DP 952.

### 3. LA EUROPA QUE CONSTRUIR: ¿QUÉ NUEVA EUROPA?

3.1. Los Pontífices que tan presentes tienen a Europa, ¿a qué Europa se refieren? ¿Sólo a la occidental?

Es ésta la que primordialmente tienen ante los ojos: es a ella a la que pertenecen los Pontífices hasta la llegada del actual, es la que ha intentado y ha podido unirse, formando, primero, el Consejo de Europa, constituyendo a seguido la CEE, más restringida en miembros, pero más sólida en vínculos. Es la que Pablo VI ve como una «comunidad unida por una red de relaciones técnicas y económicas, que ya no demanda otra cosa mejor que el quedar vivificada por un mismo espíritu; sólo le falta —y constituye una necesidad— el sello de las fórmulas jurídicas mejor adaptadas, que han de estar configuradas como instrumento de construcción unitiva de Europa y, a la vez, como garantía de una Europa pacificada, orgánica y unida. Por ello, deben adecuarse una preparación psicológica y darse a la par en los gobernantes y dirigentes un carácter de ideal a su tarea».

La CEE es considerada ante todo por los Romanos Pontífices como núcleo y a la vez como germen de lo que debe ser una Europa ampliada, que en parte ya lo es con la adhesión de Gran Bretaña, Irlanda, Dinamarca, Grecia y en parte espera serlo con España y Portugal.

Pero con el advenimiento de «Juan Pablo II, hijo de la nación polaca, que se ha considerado siempre europea, por sus orígenes, tradiciones y cultura y relaciones vitales; eslava entre los latinos y latina entre los eslavos» (Juan Pablo II, 9-XI-1982), la Europa que primordialmente se tiene ante la vista es, sin olvidar ni mucho menos a aquélla, la Gran Europa. Nada extraño.

Y se explica. Basta conocer su pensamiento mucho antes de acceder al Pontificado cuando todavía era Arzobispo de Cracovia. Un artículo suyo, del entonces Cardenal Woitila, publicado en 1968 en la revista «Vita e Pensiero» (n.º 61, p. 160-168), me fue entregado durante mi asistencia al Congreso «Il ruolo delle Chiese in Europa» (Parma 1980). El título no podía ser más significativo, *Una frontiera per l'Europa: dove?*

Ahí se contiene uno de los *leit-motiv* del magisterio europeísta de Juan Pablo II. No nos resistimos a transcribir un texto bien significativo:

«L'inclinazione e pensare e parlare dell'Europa *in dimensioni esclusivamente "occidentali"* è una caratteristica degli uomini e degli ambienti che rappresentano proprio questa parte occidentale dell'Europa, e forse non soltanto de essi. Senza dubbio questo modo di

pensare e di esprimersi ha le sue ragioni; deriva anche da certi fattori e circostanze oggettivi. Ciononostante vi è in essi una certa *unilateralità*, forse anche qualcosa del genere: un certo "malcontento professionale" (se il fatto dell'europeità oppure di essere europeo in senso "occidentale" si può capire come una "professione").

Sono convinto che la divisione esistente da oltre trent'anni fra l'Europa occidentale e quella orientale in un certo senso *ha eliminato dal comune modo di pensare* e di esprimersi el carattere particolare *della Mitteleuropa*. Da trent'anni la divisione dell'Europa in occidentale ed orientale corre lungo una frontiera politica e costituzionale, *la quale ha diviso anche una stessa nazione in due mondi* (si tratta della nazione *tedesca*).

Se si parla della *frontiera geografica* dell'Europa allora questa è già precisata: corre lungo le montagne *degli Urali*.

Si tratta, infatti, non soltanto delle frontiere che traccia la terra stessa, ma delle *frontiere molto più profonde* che si trovano negli *uomini stessi*.

Così la frontiera orientale dell'Europa è soprattutto la frontiera della *penerazione del Vangelo* e, in un secondo tempo, à la frontiera *delle invasioni provenienti dall'interno dell'Asia*, miranti a rendere schiavi i popoli europei<sup>12</sup>.

Nada extraño que en Santiago de Compostela (9-XI-1982) propusiera ya el Papa, «una Europa tan amplia como lo fue la expansión de su cristianismo. En efecto, la historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización, hasta el punto de que las fronteras europeas coinciden con las de penetración del Evangelio. Después de veinte siglos de historia, no obstante los conflictos sangrientos que han enfrentado a los pueblos de Europa y a pesar de las crisis espirituales que han marcado la vida del continente —hasta poner a la conciencia de nuestro tiempo graves interrogantes sobre su muerte futura—, se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo» (ibídem).

Tan es así que «las fronteras —como dirá al visitar Bruselas el 20-V-1985<sup>13</sup>— no pueden poner límites a la apertura de los hombres y de los pueblos; los europeos no pueden resignarse a la división de su continente. Los países, que por razones diferentes no participan de vuestras instituciones, no pueden ser alejados por un deseo fundamental de unidad: su contribución específica al patrimonio europeo no puede ser ignorada». Por ello debe superarse la división que Europa sufre en el orden

<sup>12</sup> Recuérdese lo que Willy Brandt expresaba en su Declaración, compuesta de 20 puntos, con relación a la ex-República Democrática Alemana (DDR): «El décimo punto confirmaba la existencia de dos Estados dentro de una misma nación», en su *Memorias Políticas 1960/1965*, 2 vols., Dopesa, Barcelona 1976, p. 303.

<sup>13</sup> Ecclesia (1985) 699.

civil, pues «unas fracturas innaturales privan a sus pueblos del derecho de encontrarse todos recíprocamente en un clima de amistad y de aunar libremente sus esfuerzos y creatividad al servicio de una convivencia pacífica, o de una contribución solidaria a la solución de problemas que afectan a otros continentes» (9-XI-1982). E igualmente la división en el orden religioso, «no tanto ni principalmente por razón de las divisiones sucesivas a través de los siglos cuanto por la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y a las comunidades» (ibídem).

3.2. Lo entonces denunciado y premonitorio es ya realidad: «Hace cincuenta años terribles desórdenes ponían en peligro la existencia misma de Europa: la II Guerra Mundial había estallado hacía algunos meses. Desfigurada, profanada y dividida. Europa ha debido realizar un esfuerzo inmenso para superar tan trágicas pruebas, que todavía hoy marcan su fisonomía. Afortunadamente, parece que ahora despunta una nueva era»<sup>14</sup>.

Y es que «el año 1989 podrá marcar claramente el declive de lo que se llamaba guerra fría, de la división de Europa del mundo en dos campos ideológicos opuestos, de la carrera incontrolada de armamentos y de encasillamiento del mundo comunista en una sociedad cerrada»<sup>15</sup>.

Por ello, continúa el Papa, «ha llegado el momento de recoger las piedras de los muros abatidos y construir juntos la casa común europea» al Este y al Oeste, accesible a todos y abierta sobre el mundo<sup>16</sup>.

Si Pío XII y Pablo VI pensaban principalmente en la Europa de los Doce y la Occidental (del Consejo de Europa), Juan XXIII y Juan Pablo II en la Europa entera: Occidental y Oriental; ahora resulta que el actual Pontífice se encuentra con la Europa desbordada de la CSCE (de cincuenta y cuatro Estados) —de la que es signataria la propia Santa Sede—, que comprende también a USA y Canadá, por un lado, y, por otro, a la Comunidad de Estados Independientes (la extinta URSS) hasta Vladivostok. Tal desbordamiento de Europa plantea de entrada o un alargamiento de la reflexión pontificia y cristiana o una concentración de la misma a la Europa «de los dos pulmones», Occidente-Oriente, sin salirse ni de las riveras atlánticas ni de las montañas de los Urales.

Sin negarse aquél, no puede menos de afirmarse ésta.

<sup>14</sup> JUAN PABLO II, Mensaje Navideño (22-XII-1989) n. 4: *Ecclesia* (1990) 19.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, al Cuerpo Diplomático (13-I-1990) 10.

<sup>16</sup> JUAN PABLO II, al Cuerpo Diplomático (13-I-1990) n. 8s. Cf. *Discurso a la reunión de Consulta de la Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos* (6-VI-1990) n. 7; *Carta Encíclica Centesimus Annus* (1-V-1991) n. 22-28.



3.3. De esta Europa (Occidental-Oriental) es de la que se desea salga una Europa «unida» o una Europa «entera». Eso sí, teniendo como núcleo central una Comunidad Europea consolidada para que «Europa, dándose soberanamente instituciones libres, pueda un día extenderse a las dimensiones que le han sido dadas por los geógrafos y, más aún, por la historia» —como expresaba el Papa al Parlamento Europeo (11-X-1988) <sup>17</sup>.

#### 4. LA APORTACIÓN DE LA IGLESIA A LA CONSTRUCCIÓN DE LA CASA COMÚN EUROPEA

##### 4.1. *Afianzando las raíces cristianas de Europa.* *El propio mensaje cristiano*

Bien cierto es que no se pueden pasar por alto las divisiones y cicatrices que desgarran a Europa ni tampoco minimizar los obstáculos que vencer. Pero más fuertes son los vínculos que ligan a los pueblos de nuestro continente. En ellos se dan, en efecto, una comunidad histórica de destino y una afinidad de tradiciones. Se posee un patrimonio espiritual y moral común a todos los pueblos europeos, conteniendo una serie de principios que corresponden a la concepción cristiana de la vida moral y de la ética política. La causa está en la vivencia multisecular de Europa como una cristiandad solidaria. Cara, ahora, al futuro es el bien común europeo el que ha de soldar y armonizar las peculiaridades de cada uno de sus miembros por encima de los intereses particulares y de los sentimientos de la propia patria.

Esa conciencia común, extendida a todos los sectores de Europa Occidental, es y requiere un ordenamiento jurídico interno justo. Y ésa es la garantía y respeto de la dignidad humana.

«El acta es, en efecto, un honor de los países del Consejo de Europa que la han firmado y la han ratificado posteriormente. Ha abierto el camino a una mejor defensa de los derechos del hombre en toda la región de Europa y, por último, constituye ante nuestros ojos un símbolo y una esperanza para todos los hombres interesados por la justicia.

Ciertamente, las Naciones Unidas habían adoptado y propuesto a la totalidad de los pueblos la «Declaración Universal de los derechos del hombre». Semejante carta constituía ya una especie de compromiso moral de una importancia extraordinaria. Pero la Convención Europea

<sup>17</sup> N. 5.

ha querido, para esta región, acelerar su aplicación de forma realista y eficaz: los principios han sido reafirmados con mayor precisión y detalle; y, sobre todo, se ha puesto en marcha un mecanismo apropiado a fin de garantizar su salvaguardia, proporcionando, a los Estados y a los individuos, la posibilidad de un recurso contra su vulneración eventual» (Pablo. VI, 7-XI-1975) <sup>18</sup>.

#### 4.2. *Ayudando a superar los egoísmos nacionales y étnicos*

Mas si con voluntad firme y sincera se quiere ensamblar Europa, se hace ineludible superar definitivamente las barreras de la soberanía absoluta de los Estados.

Los países de Europa que han admitido el principio de delegar una parte de su soberanía en un organismo supranacional entran, creemos, en una vía saludable, de donde puede salir para ellos mismos y para Europa una vida nueva en todos los órdenes, un enriquecimiento no solamente económico y cultural, sino también espiritual y religioso <sup>19</sup>.

Aun superando el agudo sentido de los nacionalismos, en una segunda etapa «el problema consiste de ahora en adelante —como recuerda Juan Pablo II a los Presidentes de los Parlamentos Europeos recibidos en audiencia el 27 de noviembre de 1983— en conjugar el trabajo legislativo y la autoridad de vuestros parlamentos nacionales, por una parte, con la actividad del Parlamento Europeo, por otra. Yo casi me atrevería a deciros que os encontrais todavía en una etapa de rodaje. ¡Un rodaje difícil, por más de una razón! Porque en el plano jurídico, el Parlamento Europeo, aun cuando es elegido por sufragio universal y, por tanto, de él recibe el poder, dispone de una autoridad limitada que debe armonizarse con las decisiones de los Estados miembros. De todas formas, cada una de estas naciones europeas tiene no solamente intereses particulares, sino una larga y rica historia personal, un patrimonio propio, que no se trata de nivelar, sino de respetar y de coordinar» <sup>20</sup>.

#### 4.3. *Vinculándose a nivel internacional*

Cierto que lo decisivo es unirse entre sí las iglesias para evitar, en lo posible, la disgregación y la discordia entre europeos, pero no es menos importante la cooperación de una iglesia de ámbito territorial universal con los gobiernos y Estados que, hoy por hoy, se reparten la geografía

<sup>18</sup> Ecclesia (1975) 1521s.

<sup>19</sup> Ib.

<sup>20</sup> Ecclesia (1983) 1547s.

de Europa. Así lo ha entendido el Romano Pontífice en la búsqueda de una paz y de una convivencia para el Viejo Continente.

De ahí esa doble corriente convergente de reconocimiento de los antiguos Estados que recuperan su independencia perdida tras Yalta, y de los nuevos que surgen a la independencia desde la URSS.

En forma de cascada, tras la caída del «Muro de Berlín» se fueron reanudando las relaciones diplomáticas con Polonia (17-VII-1989), Hungría (10-II-1990), la URSS (15-III-1990) —que se había anunciado el 1-XII-1989 durante la visita de Gorbachov a Juan Pablo II en Roma—, Checoslovaquia (19-IV-1990), Rumania (15-V-1990) y Bulgaria (6-XII-1990). En un segundo envite, Estonia, Letonia y Lituania —con el nombramiento de un español como Nuncio—; seguidas, a la disolución de la URSS/CEI, de Ucrania, Bielo-Rusia, Georgia, Tajikistán, Armenia.

A la vez se conecta con todas y cada una de las Iglesias Católicas particulares, bien de rito latino —como las de Estonia, Letonia y Lituania—, bien de rito bizantino —como las de Ucrania, Rumania, Georgia, Bulgaria y Rusia.

La verdad es que «o los europeos se salvan juntos, o bien juntos perecerán» —como advierte el Papa al Cuerpo Diplomático (11-I-1992)—, añadiendo que «en esta senda se encontrarán los cristianos, católicos, ortodoxos y protestantes, llamados a desempeñar un papel de primer orden y deseosos de ocupar el puesto que les corresponde».

Y a pesar de los desaires, se ha buscado incansablemente la cooperación con las Iglesias orientales separadas ortodoxas, en orden a sustraer cualquier motivación religiosa a toda guerra civil en nombre del monismo étnico exclusivista. Tan es así que, con ocasión de las celebraciones en honor de los Santos Cirilo y Metodio en Roma, las delegaciones civiles y religiosos de Grecia, Macedonia (Skopje) y Bulgaria fueron recibidas en audiencia por el Papa, quien les invocó los Santos patronos para que, «superando incomprensiones y dificultades parejas, contribuyan a la edificación de una Europa enraizada en la justicia y en la solidaridad»<sup>21</sup>.

En verdad no se sigue otra pauta que la marcada en el encuentro Juan Pablo II-Gorbachov (1-XII-1989) de «colaborar adecuadamente con los hermanos de la iglesia ortodoxa, tan próximos a nosotros. Con ellos tenemos, en efecto, un patrimonio común, con ellos queremos trabajar en un renovado compromiso ecuménico».

«Sería aberrante que las religiones o grupos de sus seguidores, en la interpretación y práctica de sus respectivas creencias, se dejaran arras-

<sup>21</sup> ORE (29-V-1992) 330.

trar hacia formas de fundamentalismo y fanatismo, justificando con motivaciones religiosas las luchas y los conflictos con los demás» (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1-I-1992).

Más en concreto, y con relación al *punctum pruriens* de Yugoslavia, la Santa Sede hacía constar en el comunicado de prensa (20-XII-1991):

«El Santo Padre, en sus numerosas intervenciones públicas en favor de la pacificación de Yugoslavia, ha demostrado siempre su gran solitud pastoral hacia todos los pueblos de la región, invitándoles a superar sus disensiones dentro del respeto recíproco de sus tradiciones históricas y culturales. Al mismo, el Santo Padre ha insistido en los valores éticos que son comunes a todos aquellos pueblos, tanto católicos como ortodoxos o musulmanes, y que deberían constituir la base de una fructuosa colaboración<sup>22</sup>.

No obstante, y respetando la Constitución de 1974 de Yugoslavia:

«Dicho acto (el reconocimiento de Croacia y Eslovenia) no va en contra de ninguna de las partes implicadas. En efecto, la Santa Sede tiene la firme voluntad de mantener buenas relaciones con todas las Repúblicas de Yugoslavia. Su acción mira a favorecer el bien superior de la religión y la creación de condiciones que permitan el desarrollo ordenado y concorde de aquellas poblaciones.»

Máxime cuando han sido confirmadas en la CSCE (Helsinki, 1-VIII-1975) y reafirmadas en Madrid (1980-1983) y Viena (1986-1989). Compromisos que han sido asumidos por la misma Santa Sede como miembro de la CSCE [cfr. Helsinki, CSCE, 24/26-III-1992: Mons. J. L. Tauran, Discurso del 25-III-1992: Doc Catholique (1992) 4131].

Y no en vano lo reconoce el propio Presidente de la Comisión Europea de Derechos Humanos. C. A. Mørgaard, al recibir la visita de Juan Pablo II (8-X-1988): «La acción de Vuestra Santidad en el campo de los derechos del hombre es una fuente de inspiración para todos nosotros y refuerza nuestra fe en los ideales que intentamos realizar»<sup>23</sup>.

Entre ellos destaca sobremanera el derecho a la libertad religiosa, lo mismo de la persona humana que de las comunidades religiosas (Discurso del 11-I-1992), con la extensión e intensidad que se expresan en la Carta dirigida a los Jefes de Estado de los países signatarios del Acta Final de Helsinki y participantes en la Asamblea de la CSCE que dirigió el Romano Pontífice<sup>24</sup>.

<sup>22</sup> ORE (27-XII-1991) 749.

<sup>23</sup> Vid. nota 1.

<sup>24</sup> C. CORRAL, *Diccionario de Derecho Canónico*, Tecnos, Madrid 1989; voz *Libertad religiosa*.

#### 4.4. *Promoviendo los derechos del hombre*

Son éstos la base necesaria para construir la paz. Por ello deben ser el fundamento sobre el que se levante la colaboración y la seguridad en Europa.

La razón estriba en que la dignidad consustancial de la persona humana de la que aquéllos emanan a la vez que son expresión. Lo que presupone «un acuerdo sobre el primado de la persona humana y el reconocimiento, sea en teoría, sea en la práctica, de que todos los derechos pertenecen a la persona humana como sujeto trascendente»<sup>25</sup>.

Ahora bien, siendo Europa donde nació la conciencia de los «derechos humanos», todo país de ella, al sobrevenir los «tiempos nuevos», está llamado a poner en práctica «lo que la evolución política ha permitido: un decidido empeño a favor de la democracia, el respeto efectivo de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales, la prosperidad a través de la libertad económica y la justicia social, una seguridad igual para toda nación»<sup>26</sup>.

Más aún, debe dar mayor espacio a los derechos enumerados en el Convenio Europeo de los derechos del hombre (4-XI-1950).

#### 5. UNA CASA (= HOGAR) ABIERTA A LOS ANTIGUOS FAMILIARES EGRESADOS

Más ambiciosa no puede ser la misión que los Pontífices sueñan —programan— por la Europa integrada del mañana, abierta hacia el Este del continente, generosa hacia el otro hemisferio, como la entrevé Juan Pablo II.

##### 5.1. *Abierta al hombre mismo y a Dios*

En tres terrenos podría la Europa integrada reanudar su papel de faro de civilización, continúa el Pontífice, «ante todo, reconciliando al hombre con la Creación: tratando de preservar la integridad de la Naturaleza, de su vida animal y vegetal, su aire y sus aguas, su equilibrio sutil, sus recursos limitados, su belleza que da alabanza y gloria al Creador.

Luego, reconciliando al hombre con sus semejantes: aceptando a los otros como europeos de variadas tradiciones y familias de pensamiento,

<sup>25</sup> Discurso de 13 de noviembre de 1980 al «Grupo Democrático» del Parlamento Europeo.

<sup>26</sup> Discurso del 12 de enero de 1991 al Cuerpo Diplomático.

acogiendo al forastero y al refugiado, y abriéndose a las riquezas espirituales de los pueblos de los continentes.

Finalmente, reconciliando al hombre consigo mismo. Trabajar para reconstruir una visión integrada y completa del hombre y del mundo, oponiendo a las culturas de la sospecha y la deshumanización una visión en la que ciencia, capacidad técnica y arte no excluyen, sino que llaman a la fe en Dios»<sup>27</sup>.

## 5.2. *Abierta a los pueblos egresados de Europa*

Siendo Europa «el continente que más ha contribuido al desarrollo del mundo entero, tanto en el terreno de las ideas como en el del trabajo, en el de las ciencias como en el de las artes» (Juan Pablo II, 9-I-1982), la misión de Europa no puede ceñirse egoístamente a sí misma. En la grandiosa visión pontificia ha de extenderse a los pueblos que un día estuvieron unidos a ella, y hoy día forman parte de la Comunidad Internacional. «Esta espera de la Comunidad Europea un testimonio de justicia y de fraternidad, una contribución original y eficaz a la paralización de las guerras en curso, a la búsqueda de soluciones negociadas equitativas, a la eliminación de la violencia, del terrorismo, de la tortura, y yo diría más —Juan Pablo II, 27-XII-1983—, a las ejecuciones sumarias, incluso perpetradas por los gobiernos legítimos, al desarme progresivo y controlado, a la mejora de los términos del intercambio entre los países ricos y países pobres, a la ayuda mutua real para hacer que retroceda el hambre y para permitir el desarrollo de los pueblos partiendo de sus propios recursos»<sup>28</sup>.

Sólo que ahora, al adherirse España y Portugal, se recuerda a la Europa ya integrada un nuevo deber de misión. Es el invocado por la Comisión de Episcopados de la Comunidad Europea en su carta del 28 de marzo de 1984 a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de España y Portugal: «Que esta ampliación de la Comunidad contribuya a crear un mayor respeto para con todos los trabajadores al beneficiarse de vuestra experiencia original de relaciones con algunos países en desarrollo, concretamente, América Latina; se abra más todavía a la totalidad del mundo, para dar y recibir al mismo tiempo»<sup>29</sup>.

En realidad es recoger la orientación pontificia de Juan Pablo II: por primera vez en Zaragoza en 1982, al recordar que «una cita a la que España no puede faltar es la conmemoración del Descubrimiento y de

<sup>27</sup> «Al Parlamento Europeo» (11-X-1988): *Ecclesia* (1988) 1549.

<sup>28</sup> *Ecclesia* (1984) 1242s.

<sup>29</sup> *Ecclesia* (1985) 478s.

la evangelización de América»; por segunda vez, de nuevo en Zaragoza, en 1984, al reemprender su viaje pastoral a Latinoamérica. Allí, consciente de lo que suponía de honor y de deber, proclamó: «Quiero referir a España el grito que desde Compostela dirigí a Europa: "Sé tú misma" ...»<sup>30</sup>.

La razón es «porque fue España la que abrió la comunicación entre occidente y el continente americano y la que en gran parte llevó la misma luz de la fe en Cristo, junto con Portugal».

Pero una misión así hacia los pueblos foráneos sólo se conseguirá —deberá conseguirse— según la mente pontificia, basándola en una perfecta justicia internacional, que salve y armonice a la vez el bien europeo y el bien común peculiar de cada uno de los miembros de una Europa unida, sin abdicar de su rico patrimonio cultural, moral y religioso.

Y los principios no pueden ser otros que los proclamados espléndidamente en la Encíclica *Populorum Progressio*, donde se trata de aplicar las leyes de la justicia internacional. Las palabras allí pronunciadas por Pablo VI en 1967 conservan hoy su hiriente gravedad: «Los pueblos del hambre interpelan hoy de forma dramática a los pueblos de la opulencia.» Por algo las hace suyas Juan Pablo II años más tarde —1985— en la sede de la CEE añadiendo que «cuando, en la vida de cada uno, la mirada se fija en el conjunto del mundo, aparecen otras amenazas. Del Norte al Sur los recursos no están divididos igualmente entre los hombres, fundamentalmente iguales, y la carestía se agudiza»<sup>31</sup>.

## 6. CONCLUSIÓN

«Me parece que ahora, en la vieja casa —concluía Rilke su poema—, una voz pronuncia la palabra "Amén".»

No fue así; la vida y la muerte siguieron. Tampoco ahora que Praga deja de ser la capital de Checoslovaquia (después, recientemente, República Federativa y Eslovaca). Tampoco Europa —viejo continente— se contenta con la «casa vieja»; ha iniciado la construcción de una nueva casa común en el occidente e intenta ahora ampliarla con nueva arquitectura. De nuevo, nueva metáfora: «nueva arquitectura para nueva Europa», tal como se proclama en la Carta de París, 21-XI-1990, para una nueva Europa, firmada por los treinta y cuatro Jefes de Estado y de Gobierno signatarios de CSCE.

<sup>30</sup> Ecclesia (1984) 1242s.

<sup>31</sup> Ecclesia (1985) 703, n. 7.

Se habla de la arquitectura militar y de seguridad, de la arquitectura económica, social y política. ¿Por qué no también de la religiosa? De la arquitectura religiosa, en especial de la cristiana, tienen que hablar los dirigentes de la Iglesia y sus cristianos, pues «la concepción cristiana del hombre ha inspirado esta construcción» —como dijera Juan Pablo II a un grupo de miembros del Parlamento de la CEE el 7-XII-1990<sup>32</sup>.

Sólo que las diversas arquitecturas, las seculares y técnicas como las múltiples religiosas —también la cristiano-católica—, deben concurrir, como en las multiseculares Catedrales, piénsese en la de Santiago de Compostela, donde confluyen de forma armónica las arquitecturas romana, románica, gótica, renacentista y barroca, sin excluir los influjos orientales y nórdicos aportados por los peregrinos jacobeos.

<sup>32</sup> ORE (1991) 8.